

La memoria, ó la mejor manera de recuperarla (capítulo 2)

Primeros (difíciles) pasos, ó la locura de la adolescencia

A los 17 años tuve mi primera novia "oficial" y aún recuerdo que de las primeras cosas que le conté cuando empezamos a salir fue de mi extraña afición por el automovilismo; recuerdo cómo dando un paseo por la Plaza de España de Cádiz le dije *"a mi el fútbol no me gusta, nunca te voy a dejar un domingo tras otro por ir a ver un partido, pero cuando pueda ir a los rallyes iré a todos los que pueda"*. Fue una clara declaración de intenciones que sigo manteniendo a día de hoy, pero con otra persona. Posiblemente este tema tan nimio y aparentemente tan sencillo daría para hablar y escribir sobre el automovilismo y la relación de pareja, pero no quiero entrar a tratar una cuestión personal y delicada. Mi postura es clara, pero no la voy a exponer de momento.

Como cualquier aficionado principiante ya me habían enseñado el caramelo y necesitaba cada vez más dosis. Para ir a la ver las pruebas me las ingeniaba de mil y una formas. Me levantaba a las 4 de la mañana y me iba con el de la grúa que cubría la Subida a Ubrique (ADA), ó me iba en VESPA (7 horas) a la Subida a los Montes de Málaga y acampábamos en la famosa horquilla a derechas. No tenía un duro, mi padre era un simple administrativo de Astilleros y nosotros cinco bocas que mantener (cuatro hermanos y mi madre) y mi paga del 74 eran 50 pesetas los fines de semana.

Mi novia de entonces comenzó a trabajar en un banco y yo comencé a estudiar la carrera (Hispánicas) primero en Cádiz tres años para concluirla en Sevilla (dos años más). Intenté centrarme en los estudios, pero sin olvidar nunca las carreras que no se me iban de la cabeza.

Ahora toca contar una anécdota que me pasó con 17 tacos. Estaban transformando una barriada nueva en Cádiz y a mi amigo mayor, mi padre le dejaba su R8. Él y yo nos teníamos diseñado un tramo cronometrado por esa nueva zona y lo pasábamos a ver quien hacia mejor tiempo. Con aquellas teorías de que los tracciones traseras solo se van de atrás, llegué a una izquierda después de la recta, el coche se fue de morro y le di una hostia que me puse de moda. Resultado, más de un año sin tratar con mi padre y Veinte Mil duros (OJO del año 74) de reparación, pues de las puertas para adelante hubo que ponerle todo nuevo al CA-88307.

En Marzo del 75 – cumplí los 18 en Febrero- me examiné del carnet de conducir. Las clases prácticas también fueron un poema, pues el profesor se dedicó durante las 15 clases que me dio a quitarme todos los "vicios racing" que yo ya tenía. Me decía: *"nada de punta – tacón, nada de dobles embragues para reducir, cambia más despacio y, por favor, circula muchísimo más lento"*. EL día del examen llovía a cántaros, pero yo tenía preparados mis tenis de suela fina para tener buen tacto con los pedales y no me importó calarme los pies con tal de llevar la máxima concentración.

Del 75 al 77 (los tres primeros años de carrera en Cádiz) pasaron relativamente rápidos. Mi novia se compró un Seat 133 y yo comencé a conducir con cierta asiduidad.

Escudería El Cigüeñal: La gran estafa

En el año 1977 comencé a conocer a algunos pilotos habituales de las competiciones andaluzas que vivían en Cádiz y uno de ellos nos propuso a otros dos o tres más, comprar un local y crear una Escudería. Me parecía mentira, en poco tiempo de estar sentado en un banco de la esquina de mi casa iba a pasar a formar parte de la Junta Directiva de una Escudería, sería socio fundador de un club de automovilismo en mi ciudad, la que solo vivía para el fútbol.

Con qué ilusión empezamos aquel proyecto. Íbamos a hacer pruebas en la provincia, tendríamos socios y, algo que yo no tenía muy claro, se montaría una pequeña barra. Pero para aquello hacía falta dinero, pues el local, el mobiliario, los gastos de teléfono, etc,. Se acabarían pagando con el dinero de los socios, pero al principio hacía falta capital. Y ahí aparecieron los dos o tres primos que pagaron la novatada, yo uno de ellos.

Tardé mucho en darme cuenta pues mis ganas de automovilismo no fueron capaces de ver la mala fe de quien montó aquello para lucro personal, como punto de reunión con sus putiferios y como su chiringuito que manejó a su antojo. Al Sr Presidente le gustaba vivir bien pero a costa de los demás; él con su empresita de construcción remozó el local en bruto y cuatro firmaron un préstamo de 500.000 pesetas cada uno en el Banco de Andalucía.

Se montó un local por todo lo alto, en un lugar privilegiado de Cádiz y al principio todo fue bien, pero pronto comprendí que yo tenía otra idea del automovilismo. Los tejemanejes del individuo en cuestión dejaron la entidad en la ruina y en tres años aquello cerró dejando tras de sí un pufo de tres millones de pesetas de los que setecientos mil nos tocó pagar a mi novia y a mí a razón de diez mil cada mes durante muchos años.

Como siempre, seguimos en las cunetas